

sombras sobre la tierra

FRANCISCO ESPINOLA



ARCA

Es Manuel Benítez, que se adelanta con su perro desde la puerta donde contempla embelesado. Las palabras, en seguida, se mojan en su llanto.

—¡El último que pelió por la libertad fue el gaucho Aparicio Saravia! ¡Ya naides pelea por la libertá! ¡Ni por nada!

* * *

Esta apacible tarde Juan Carlos ha estado en la cárcel a visitar —con tabaco y buenas noticias— al Mellizo Juan, a Natividad Pérez, a Pedro Falero y a Bonifacio. Bajo fianza saldrán de un momento a otro. Los del bando gubernista estaban provocando desde el principio de la campaña electoral. Juan Carlos contenía a los impacientes. Pero, después que en el Centro se vio obligado él también a pelear, dio la orden, una noche:

—No aguanten más. Peleen cuando se ofrezca.

Bonifacio casi descogota a un provocador deslavado. A Natividad lo acostaron de un palo. El Mellizo y Falero Chico, después de poner en fuga a un grupo adversario, pelearon en el camino real con la policía sin querer entregarse. Es que tomaron al pie de la letra las palabras de Juan Carlos, una noche, en lo del Perro. El alcohol azuzaba al joven aquella vez. Y un odio por los que suplantán las cosas del cielo lo estaba enardeciendo. Fue cuando una “arreada” policial para descubrir al que dejó a cierto pardo tendido en un callejón del Bajo; al enterarse del atroz martirio de aquellos a quienes se quiso arrancar la confesión de lo que no sabían. “El hombre es libre —había proferido—. En vida nadie lo manda. Ni Dios. Para eso está el Infierno. ¿ Y si Dios ha de juzgar, a qué juzgar los hombres?”

De ahí los gritos del Mellizo Juan, alentando a su compañero entre cuerpeadas a los sablazos, en aquella ocasión:

—¡Viva el Infierno, no más! ¡Viva el Infierno!...

—Yo tengo la culpa de esto —va diciéndose Juan Carlos, desolado.

Atraviesa la plaza. La tarde es clara. El aire, ya primaveral, trae de los campos circundantes un perfume silvestre, cálido de actividades subterráneas. A través del humus de hojas y de ramas podridas, en los troncos de cáscara que se despega, las yemas despiertan, en cierne ya su flor como su ensueño. Y ante este rebrote, ante esta floración sobre la muerte, pónese triste el espíritu en su imposibilidad de semejarse.

Delante va un grupo de adolescentes, el débil brazo pesadamente cargado de libros.

Por la acera de enfrente, muy apurado, pasa Román Calero, el del sombrero como semilla de dátil con alas.

—¡Adiós, mi respetable compatriota y talentoso amigo!

Juan Carlos ni siquiera responde al saludo.

—¡Yo tengo la culpa de esto! —va diciéndose Juan Carlos—. ¡Como aquella vez!

Y se le aparece Luis María, el muchacho entrañable que se abrió la cabeza de un balazo para apresurar el retorno hacia la “patria divina” que Juan Carlos, descreído en ese entonces de sus lecturas de adolescente, le mintiera conmisurado.

—Yo también... tengo... ¡A mí me sucede cada cosa!

El Bajo, el pueblo entero, arden de odio y de cariño a influjo de las divisas tradicionales. Y este amor intenso y su opuesto ineludible, que contribuyó a acentuar, él, racionalmente, cuando se enfrenta a si mismo, ya no los justifica hasta ese grado. Además, su pensamiento ha ido más lejos, fuera del horizonte de los partidos, más allá de blancos y colorados. “El Centro es la civilización con su exigente desvirtuamiento. Aquí, en el pueblo, peor que eso, porque es un torpe remedo. Quien no se deshace y se reforma, al Bajo. A aniquilarse entre las guitarras y la caña y los vicios apiadados. Todo el mundo está lleno de Centros y de Bajos; de pulpos chupadores de la vida y de hombres escapados a sus tentáculos, perdidos en el oscuro instinto de la libertad que no se quiere entregar. ¡Hijos de los Bajos

del mundo, bajadlo todo a la tierra! ¡Purificad, enterrad! ¡Que no quede piedra sobre piedra! Han invadido los campos dejando tras de sí los alambrados limitantes como la babosa su estela. Mío el árbol que ofrece ciego, todo extendido en ramas hacia los cuatro costados. Mía la carne que se desangra mirando sin comprender el sacrificio. Mío el hermano muriéndose por el sudor; levantador de mi techo que, por ser mío, será para mí solo. Mía la máquina, ahora. ¡Fuera hombres lentos, hombres que os fatigáis, hombres que queréis vivir, amar, tener mujer, hijos!... ¡Los que pretendéis dormir, fuera! La máquina trabajará por vosotros. Ella es sola en el mundo. Es el insomne Adán creado por el hombre. Y sin ansias. Trabaja antes del pecado. No duerme nunca. No tiene hijos. No se cansa. ¡Y los hombres, descoloridos de hambre, frente a las máquinas relucientes de grasa! ¡Ah, no, ni una piedra sobre otra!... ¡Te invito a beber yo, Bonifacio! ¡Bebe una caña grande! ¡Dame un abrazo, Bonifacio! ¡Por el golpe que me diste en la cabeza, por lo que dijiste de los niños! ¡Sí, cortémonos la lengua y ofrendémosla en la cuna de los chiquitos! Bocas vacías, con el muñón al fondo, campaneando infructuoso. Mundo callado. Y, en el vastísimo silencio, los niños, ellos sí con sus lenguas intactas, intentando voces desconocidas..." "¡Viva Bonifacio, no más! ¡Viva Juan Carlos, no más! ¡Viva l'amistá, qu'es tan linda!"

—¡Si yo tuviera todavía a mi madre! ¡La madre es un descanso! —va deseando el joven.

¡Ojos negros, profundos! ¡Cabellos derramados sobre los hombros! ¡Regazo tibio, seno querido!

Delante va un grupo de adolescentes, el débil brazo cargado de libros. Juan Carlos camina ahora con los ojos fijos en ellos. En una bocacalle el grupo se triplica. Y desaparece, a los pocos pasos, por la ancha puerta del Liceo, donde un perrito, meciéndose sobre sus patas fijas, a la vez atraído y asustado, observa indeciso el entrar.

Cuando pasa, Juan Carlos echa una ojeada. Ve el

patio de baldosas rojas, los bancos, los percheros colgados en la pared. Piensa en los mozalbetes que, con aire tan prematuramente grave, acaban de entrar. Y piensa en su adolescencia, en sus compañeros de entonces. Allí, entre aquellas paredes, durante cuatro años, oyeron hablar de hipotenusas, de equinoccios, de anapestos y de espectroscopios. Tenían quince años y los encerraban para imponerles oír y recordar. Pero pasaba el tiempo. Y, de pronto, les venía una cosa... Y se iban al Bajo, donde la guitarra clama tangos y milongas desnudos. Algunos no salían más de allí. Otros iban y venían, abrumados. En el claustro las palabras llegaban a ellos, entonces, como hijas de un idioma desconocido, como ráfagas frías. Por momentos se podía escuchar el volido de una mosca. Otras veces, rumores sordos enfurecían al erudito profesor.

—Escuchen bien, porque habrá que repetirlo en el examen: Faraones de la segunda dinastía: Buzau, Ka-Ku, Binutiru, Uzas, Sudu, uno cuyo nombre se ignora, Nofirkeri, Nofirkasokari y otro anónimo: en total nueve.

Con estas cosas los emparedan vivos. A algunos, no a todos. Porque hay quienes se defienden olvidando o huyendo hacia donde la vida se ha refugiado, casi irreconocible, tal vez en espera de la hora de subir devastadora sobre el Centro.

Las casas se van espaciando en rondas de corralones ya sin revoque. Ya no hay empedrado. Se pisa la tierra viva.

¡Ah, todo vuelve a estar ahí, en el aire, frente a Juan Carlos, mientras anda!

—Escuchen bien. El sáfico se acentúa en cuarta y octava. El yámbico sólo se acentúa en la sexta. El dácilo, también llamado anapesto...

Salones oscuros, con pequeñas ventanas sólo hacia el lado del patio de baldosas rojizas. Silencio. Y he aquí, nuevamente, la voz del profesor:

—Un endecasílabo también puede combinarse con un pentasílabo. Pero debe tenerse cuidado con...

Todo es inerte aquí. Falta aire. Por la ventana no se ve más que piso y paredes, con largos bancos al pie. Y un poco más allá, está todo lo que aquí falta: aire, luz, amor, odio: vida.

—¿Y entonces qué te dijo ella?

—Que no, que ya no te quería más.

Encogido en su banco el muchacho siente como si una mano helada cerrara los dedos sobre su corazón. Sus ojos brillan. Y se pone rígido porque oye gritar al profesor:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Perturbadores! ¡Incultos!

Ahora es otra escena. Más simple. Trató de hundirla pero no hubo caso. Está ahí, bien clara. Es un pequeño cuerpo humano colgado del pescuezo al pasador de una puerta por un cinturón de cuero. Eso es lo que ve ahora Juan Carlos. Y se detiene en la cruz de dos callejones. Si él pudiera ver otra cosa, contemplaría lo que tiene delante. Algunos ranchitos, de distancia en distancia, entre terrenos baldíos. Y algún paraíso, algún lacio sauce llorón. Bajo la tarde suspensa. Mas todo lo intercepta Isaías, el pálido, pecoso, pelirrubio Isaías. Su madre era lavandera; su padre, peón del molino. Y cinchaban para darle carrera. Un titulado puede no servir para nada. Pero gana dinero. En el Uruguay, en América, así es. Y si su profesión no se lo da, entonces tiene, lo mismo, el camino despejado. Está siempre, para todo, primero que los otros. Un título de propiedad puede enajenarse mal, hipotecarse ruinosamente. Es posible obligar con malas artes a que se le ceda. Un título universitario, no. Gana siempre. Y se sudaba sangre por el título universitario del pálido Isaías. “¿Y esto es saber?”, preguntó él, tímidamente, un día, cuando con dos compañeros repasaba para el examen en casa de Juan Carlos. Por fin uno de los otros, tartamudeando, había respondido: “Parece que es esto”. En siete meses les habían explicado Oriente, Grecia y Roma; álgebra y geometría; retórica y poética; cincuenta y seis autores en literatura. Y química, física, geología, mineralogía, di-

bujo. No habiendo comprendido algunos teoremas del principio, a medida que avanzó el curso de geometría, las $\sqrt{\quad}$, las \parallel , las R, los ∞ danzaban en forma más aque-
lárrica. Y el embrollo cogió al muchacho como el pam-
pero a una hojita. Cuando el presidente de la mesa, el
que dirigía aquellas diez o doce gravedades sentadas
frente a la silla de Isaías, dijo: "Aplazado", apenas si
impresionó un instante en el recinto. Los ya examinados
habían salido como desencadenados. Los otros se esta-
ban viendo ya allí, y eso los inhibía de pensar en otra
cosa que en la silla. Isaías no podía decir a sus padres
que el tanto sudar de ellos era inútil. Cuando el portero
abrió la puerta color lacre del excusado, lo vio. Tenía
la cara lívida. Y la lengua largamente afuera.

Juan Carlos mueve las piernas. Sigue la calleja. Ve
la barriada del Bajo, a su izquierda. Pero no dobla.
Avanza dos cuadras más. Entonces se detiene, las pier-
nas abiertas, los brazos caídos.

Sí, por ese callejón transversal pasaron una tarde
con Isaías. Lo llevaban acostado en una caja de pino. Lo
llevaban ellos, sus compañeros del Tercer Año. Los com-
pañeros. Porque las compañeras se habían quedado en
sus casas, llorando. Mandaron las flores y se quedaron
llorando. La gente mayor iba detrás, tropezando a cada
paso con el perro de Isaías, que se estaba inquietando
por grados... ¡Qué livianito, ahora! Siempre fue del-
gado. Y los estudiantes enflaquecen durante el repaso
para los exámenes.

De donde se ha parado, Juan Carlos vería el ce-
menterio si no fuera porque la calle va subiendo, su-
biendo y, luego, baja de golpe. Y el cementerio está en
la hondonada. Los hombres iban detrás. Lo llevaban al
padre con un traje nuevo, de mezclilla azul; la cabeza
floja sobre el pecho. Cerraban la marcha algunos pro-
fesores. Sinceramente apenados. Era que, en su concep-
to, Isaías había sido un excelente muchacho. E inteli-
gente para algunas cosas. ¡Si hubiera estudiado más! ¡O
por lo menos, atendido en clase!

Las imágenes le retroceden a Juan Carlos por otro

camino. En saltos bruscos. Ahora vuelve a ver a Isaías colgado. Le ve su pañuelito verde asomar una punta por el bolsillo de la chaqueta. Torna sobre sus pasos. Tras el alambrado, a unas varas de la calleja, frente a un rancho, bajo un sauce llorón, están tomando mate los padres de tres chiquilines que, allí también, retozan, descalzos. Arde un fogoncito. Igual que antes, a cada paso, en la extensión de la patria. Y como hasta dentro de poco tiempo, fatal, inexorablemente, en pocos sitios, todavía.

—¡Cómo se balancean alrededor del grupo inocente, diríase que agoreras, las pendientes ramas del sauce!

Juan Carlos aprieta los ojos.

Cuando llega a la calle del Bajo, dobla hacia él. En medio de la calzada hay un soldado. Largo y flaco. Inmóvil. Con su gran casco, de lejos parece un poste con un nido de hornero.

—Dejando de lado el que la ilustración sirva o no para algo —dice el joven tristemente—, ¿quién la transmite? ¿Cómo es posible que haya tantos que la transmitan? Ella no puede, no, no podrá ser nunca extensiva a un gran número. Por eso, lo que en el fondo quizá sea, no más, algo vivo, llega muerto. Los labios de esa gente intermediaria son de hielo.

—¿Los labios, sólo?

Esto ha salido del cuerpo de Isaías, que pende otra vez ante sus ojos, pegado a una puerta color lacre.

La imagen se borra. El color de la puerta cambia súbitamente. El da con los nudillos en una puerta verde.

—Margarita, ¿estás sola? ¡Soy yo! ¡Abrí!

—Esperá a que me ponga los zapatos. Te habías perdido, ¿eh?

—Perdido, sí... —responde el joven con voz doliente.

Se oyen pasos. La puerta se abre.

—¡Entrá!

La pieza de Margarita tiene una puerta a la calle, ahora, a más de la que da al zaguán. Es que Encarnación mudó la mancebía. No fue que la casa estuviera

embujada; se comprobó sin lugar a dudas. Pero las finanzas marchaban barranca abajo. Ya ni los santos de las alcobas, en castigo vueltos a la pared por orden de Encarnación, atraían clientela.

—¡Santos! ¡Santos hijunagransietes! ¡Van a ir a parar toditos a la calle, m'está pareciendo!

Hasta el bello y dulce Jesús con el cordero en brazos, el del cuarto de la patrona, pasó muchos días sin ver luz, dando la espalda. ¡Y nada!

La finca alquilada es la última de la barriada; ya junto al campo y con comodidad para cabalgaduras. Se ciernen ahora grandes esperanzas. Bajo caución, los santos posan otra vez sobre los lechos sus soñadoras miradas.

¡Con qué encantado sonreír recibe Margarita a su amigo! Cautelosa, como quien maneja un objeto cortante o al rojo, pregunta por la Nena mientras le ofrece una silla. Cuando se entera de que están reñidos, el corazón le palpita. Pero mantiene su sonrisa porque ha descubierto que, de esta manera, le llegan ciertas cosas.

—¡Hasta vos sos malo, Juan Carlos! ¡Es que son malos los hombres, che! ¿Por qué será? —sigue, ahora sería—. Nacen de vientre de mujer, como las mujeres. Y... ¡la fresca!

Una rama de paraíso se ve a través de los vidrios encortinados del ventanuco.

Mientras se calienta el agua, Margarita va preparando el mate. Juan Carlos, sentado junto a la atareada, contempla la cabecita rubia. Siente tentaciones de darle en la frente con los nudillos, como a la puerta. Para preguntar: “¿Por qué ésto y lo otro, todo?”, más que a la joven, a la Vida misma.

Ella se ha incorporado. Echa un poco del agua, ya tibia, dentro del mate y lo deja sobre la mesa para que la yerba hinche.

Juan Carlos ve las caras del Mellizo Juan y sus amigos como ratos antes, a través de las rejas de la prisión. Piensa que la que anda en el cuarto está también

camino. En saltos bruscos. Ahora vuelve a ver a Isaías colgado. Le ve su pañuelito verde asomar una punta por el bolsillo de la chaqueta. Torna sobre sus pasos. Tras el alambrado, a unas varas de la calleja, frente a un rancho, bajo un sauce llorón, están tomando mate los padres de tres chiquilines que, allí también, retozan, descalzos. Arde un fogoncito. Igual que antes, a cada paso, en la extensión de la patria. Y como hasta dentro de poco tiempo, fatal, inexorablemente, en pocos sitios, todavía.

—¡Cómo se balancean alrededor del grupo inocente, diríase que agoreras, las pendientes ramas del sauce!

Juan Carlos aprieta los ojos.

Cuando llega a la calle del Bajo, dobla hacia él. En medio de la calzada hay un soldado. Largo y flaco. Inmóvil. Con su gran casco, de lejos parece un poste con un nido de hornero.

—Dejando de lado el que la ilustración sirva o no para algo —dice el joven tristemente—, ¿quién la transmite? ¿Cómo es posible que haya tantos que la transmitan? Ella no puede, no, no podrá ser nunca extensiva a un gran número. Por eso, lo que en el fondo quizá sea, no más, algo vivo, llega muerto. Los labios de esa gente intermediaria son de hielo.

—¿Los labios, sólo?

Esto ha salido del cuerpo de Isaías, que pende otra vez ante sus ojos, pegado a una puerta color lacre.

La imagen se borra. El color de la puerta cambia súbitamente. El da con los nudillos en una puerta verde.

—Margarita, ¿estás sola? ¡Soy yo! ¡Abrí!

—Esperá a que me ponga los zapatos. Te habías perdido, ¿eh?

—Perdido, sí... —responde el joven con voz doliente.

Se oyen pasos. La puerta se abre.

—¡Entrá!

La pieza de Margarita tiene una puerta a la calle, ahora, a más de la que da al zaguán. Es que Encarnación mudó la mancebía. No fue que la casa estuviera